

MERCHE DIOLCH

La
tinta
del
corazón

MERCHE DIOLCH

La
tinta
del
corazón



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2024



Ediciones Kiwi

Primera edición, noviembre 2024

ISBN: 978-84-19939-27-2

Depósito Legal: CS 692-2024

© del texto, Merche Diolch

© de la cubierta, Borja Puig

© de la foto de cubierta, shutterstock

Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A Juan y Gaby..
Sois la tinta de mi corazón.

Only words bleed.
Inside these pages, you just hold me.
And I won't ever let you go.
Wait for me to come home...

Photograph,
Ed Sheeran

PRÓLOGO

FEBRERO DE 2023

Te fuiste y me dejaste... con tu recuerdo.

Añoro tu sonrisa, tus besos y tus abrazos. Incluso los alegatos sin sentido que me arrancaban alguna que otra carcajada, y nos llevaban por una de nuestras discusiones infinitas... —discusión, no. Debates, como te gustaba llamarlos—, donde aprendía a tu lado cada vez más de la vida. Quién me iba a decir a mí que llegarías para enseñarme más de esta vida...

Extraño tu compañía... En casa, en nuestro sofá, viendo esas películas malas que terminábamos olvidando porque nos atrapaba la conversación que manteníamos.

Añoro tu voz...

La melódica, la tímida o la que disfrazaba tu dolor.

Lloro cada día tu ausencia. El recuerdo de lo que pudo ser y no llegó. De la mujer en la que pudiste convertirte, siguiendo esos grandes sueños que no lograste alcanzar, pero que llenaban tu tiempo libre, y conseguían que una sonrisa se asentara en tu cara.

Mi corazón llora tu pérdida cada día.

Tu ausencia.

Lo sé. Te lo prometí. Te dije que proseguiría con mi vida...

Pero se hace muy duro no tenerte a mi lado, mi niña.

Es difícil...

Te quiero mil, Adaya.

CAPÍTULO 1

FEBRERO DE 2024

La alarma de un móvil sonó en mitad de la noche, esperando que la persona que había decidido que las cinco de la mañana era una buena hora para despertarse la apagara.

El ruido se reproducía en un continuo eco en mitad del silencio —sí, se podía catalogar como «ruido», porque excedía ya el tiempo permitido del aviso de un nuevo día— rompiendo las esperanzas de los inquilinos del edificio de apartamentos de proseguir con su descanso, ya que, cuando parecía que iba a cesar, volvía al principio, y recuperaba sus ganas de molestar.

El pobre objeto solo trataba de cumplir con su cometido: despertar a quien debía, pero era un imposible.

Un golpe en la pared, donde descansaba el cabecero de la cama, fue señal inequívoca de que el vecino se había enterado bien de que la dueña del piso contiguo debía levantarse.

Unos segundos, y un nuevo golpe hizo retumbar los marcos de los cuadros que colgaban de esa misma pared, pero, hasta que no llegó un tercero, no logró su objetivo.

La propietaria del pequeño apartamento salió del cuarto de baño, y se abalanzó sobre el teléfono.

—Perdón —se disculpó, pegada a la pared, con el móvil sujeto entre las manos. No esperaba que la oyeran, pero su educación habló por ella.

Escuchó, desde donde se encontraba, lo que le parecieron gruñidos e insultos, y, pasados unos minutos que se le hicieron

eternos, los ronquidos del vecino le indicaron que se había dormido de nuevo.

—Malditas paredes de cartón... —rumió la mujer, dejando el móvil ya silenciado sobre la mesilla, y se dirigió hacia el lugar de donde había salido con urgencia.

La puerta del servicio estaba abierta, y era por donde se colaba la única luz que había encendida a esas horas del día, facilitando cierta claridad al espacio. El vapor del agua caliente ascendía por el dormitorio, y sintió un leve escalofrío al notar la diferencia de temperatura.

Se encerró dentro del servicio de nuevo, y cerró la puerta tras de sí. Se quitó la toalla que envolvía su cabello mojado, dejando que los negros mechones cayeran sobre sus hombros, y se miró en el espejo. El vaho se había mitigado un poco sobre la superficie lisa. Lo suficiente para que pudiera apreciar la palidez de su piel, los pómulos marcados y las ojeras que habitaban por debajo de sus ojos marrones.

Solo le había dado tiempo a ponerse los vaqueros azules. Sus pies descalzos, con las uñas pintadas en rojo, asomaban por la pata ancha de la tela, y el sujetador color carne esperaba camuflarse bajo la camisa blanca de manga larga que la protegería del frío y la camiseta gris que iría por encima de esta, con el logo de uno de los grupos de música que tanto le gustaban a su hija.

Buscó el secador que tenía en el pequeño carrito que había bajo el lavabo de cerámica blanca, y tiró del cable en cuanto lo palpó con los dedos. Los lápices, pintalabios y alguna paleta de colores terminaron en el suelo, lo que la obligó a acuclillarse para poner cierto orden.

Un suspiro se le escapó de entre los labios cuando acabó con la tarea, y apoyó las manos sobre el lavabo para incorporarse. La

imagen de su rostro cansado volvió a golpearla con saña, y cerró los ojos con rapidez, de forma instintiva.

Enchufó el secador y dejó que el ensordecedor ruido la envolviera durante unos minutos, hasta que quitó la humedad del cabello. Se lo recogió en una coleta alta y, sin ocultar los rastros del insomnio, salió en dirección a la cocina. Más bien, hacia la zona del comedor, que, separado por una barra americana, dejaba un espacio muy reducido para que alguien pudiera moverse y así cocinar. O, en este caso, recalentar en el microondas el poco café que había sobrado el día anterior, para que la ayudara a afrontar la jornada que tenía por delante.

Ni siquiera se sentó para tomarse con tranquilidad la bebida. Dio dos sorbos, deprisa y corriendo, dejó la taza dentro del fregadero y atrapó el abrigo que descansaba sobre el respaldo del sofá. Comprobó que dentro de su mochila llevaba todo lo que necesitaba, y, tras echar un vistazo desde la puerta para comprobar que no se dejaba nada más, salió de su pequeño apartamento.

En cuanto pisó la acera, el frío le golpeó la cara. Se subió la cremallera hasta el cuello, evitando que los dientes metálicos se llevaran por el camino algún punto de lana de su bufanda, y enfiló hacia el norte, con la cabeza agachada. El aire le impedía apreciar los edificios dormidos, o percatarse de que eran pocos los que, como ella, se habían aventurado a caminar por las calles desiertas. Su concentración estaba más pendiente de cada paso que avanzaba, con cuidado de no tropezar o de pisar alguno de los charcos que se habían originado tras la tormenta nocturna.

Llegó hasta el cruce de las calles principales de la ciudad y vio cómo el letrero de la tienda que tenía enfrente parpadeaba incesantemente. El dueño le había dicho en numerosas ocasiones que lo tenía que arreglar, pero nunca encontraba el momento.

Esperó a que el semáforo se pusiera verde, aunque no había ningún coche circulando, y cruzó en dirección al local. Abrió la puerta de cristal, al mismo tiempo que el repiqueteo de la campanilla, que avisaba de la llegada de clientes, se escuchaba por el establecimiento, y saludó a la chica joven que había tras el mostrador.

—Buenos días, Esti. ¿Qué tal el día?

—Despertando, Leyre. —Le regaló una sonrisa—. ¿Quieres tu café?

La clienta asintió mientras se adentraba por las estanterías.

—Pero que sea doble —elevó la voz, para hacerse oír—. Apenas me quedaba en casa, y no he tenido tiempo de hacerlo. —Atrapó un paquete de donuts de azúcar y unas galletas de chocolate, y se encaminó hacia la dependienta.

—Prisas, prisas... —La voz cascada de un hombre mayor se escuchó por el local—. Se acaba de levantar, Leyre. No puede ir ya con prisas.

La mujer se volvió hacia el dueño de la tienda. Un hombre de baja estatura, con la espalda encorvada, el pelo blanco, la piel arrugada, y que llevaba las gafas en la punta de la nariz. Sus ojos rasgados la miraban con enfado y cariño al mismo tiempo.

—Señor Zhào, no esperaba encontrármelo tan temprano...

—Lo raro es que no te lo encuentres, Leyre —apuntó la dependienta—. El abuelo pasa más tiempo trabajando que durmiendo.

La mujer miró al anciano.

—¿Y me está regañando a mí?

Este pasó por su lado, le palmeó el brazo con afecto y le quitó de las manos los artículos que había seleccionado.

—Pero yo me tomo la vida de forma más relajada, Leyre —le indicó, dejando la bollería sobre el mostrador—. No me verá corriendo de un lado para otro...

—No, eso no —corroboró Esti—. Va de un lado a otro como el perezoso de *Zootopia*.

Leyre sonrió al recordar de inmediato el personaje animado que mencionaba, y observó cómo el dueño de la tienda miraba a su nieta sin comprender muy bien de lo que hablaba. La joven llevaba trabajando en el establecimiento más de un año, mientras lo compaginaba con sus estudios, y, aunque al principio le había informado que solo trabajaría unos meses, ese período ya se había alargado más de lo que tenía previsto. Sabía, sin que se lo confirmara, que se debía a que no quería dejar solos a sus abuelos.

—¿Te vas a llevar lo que nos encargaste? —le preguntó Esti, metiendo su compra en la bolsa de tela que Leyre siempre llevaba en la mochila.

—¿Ya ha llegado?

—Pues claro que ha llegado —dijo el señor Zhào con tono indignado, que no le molestó. Lo conocía muy bien, y sabía que era el mismo que usaba cuando alguien podía dejar en entredicho su trabajo.

—Casi te cruzas con el camión que ha traído el material —le indicó Esti, ignorando al anciano—. Lo hemos dejado apartado, por si querías llevártelo.

Leyre tomó su bolsa, que se colocó al hombro, y agarró el café para llevar, no sin antes pasar la tarjeta por el datáfono.

—Si no os importa, luego, cuando termine en el hospital, me paso para recogerlo.

—No hay problema —afirmó Esti, sacando el tique. Se lo mostró a la mujer, pero esta negó con la cabeza.

—No necesito la copia, gracias.

—Mi esposa le hará algo rico para cenar —comentó el hombre, guardando el pequeño papel en la caja registradora, que le había dado su nieta.

—No hace falta, señor Zhào —le indicó—. Seguro que su mujer tendrá mucho trabajo en el restaurante...

Este chascó la lengua contra el paladar, interrumpiendo sus excusas, lo que arrancó una sonrisa a su nieta y otra más tímida a Leyre.

—Cuando regrese, le estará esperando un plato muy rico. —La miró de arriba abajo—. Leyre, se está quedando en los huesos. No puede seguir alimentándose a base de esas guarrerías o de platos precocinados.

—Que le compro a usted, señor Zhào —le recordó, mientras se acercaba a la puerta de salida.

—Seguirá comprándome, se lo aseguro —afirmó el dueño, y las dos mujeres sabían que tenía razón—, pero tiene que cuidarse un poco más...

—Ya lo hago, señor Zhào, pero gracias —le señaló, aunque todos los que estaban en el establecimiento sabían que eso no era del todo cierto, y escucharon las campanillas resonar por el local.

—Buenos días... —saludó un hombre, al mismo tiempo que se adentraba en la tienda, lo que permitió a Leyre huir de la conversación.

—Nos vemos luego —se despidió, y el frío del exterior volvió a recibirla.

Bebió un sorbo del café caliente, y sintió cómo la reconfortaba, en cierta medida. Giró hacia la derecha, y se dirigió hacia su destino: el complejo de edificios de color blanco, con grandes ventanales, que había al final de la calle, y que era el orgullo de la ciudad. Era el centro de referencia para investigadores y profesionales del país, donde se desarrollaban diferentes proyectos que buscaban encontrar la cura de algunas de las enfermedades que asolaban nuestro planeta.

Llegó a la puerta de Urgencias, donde esperaban un par de ambulancias por si era necesaria su intervención, y saludó al vigilante de seguridad que había en la entrada.

—Buenos días, John. ¿Qué tal tu hijo?

—Mejor, Leyre. Ya hoy iba a ir al colegio. Tiene una excursión y no quería perdersela.

Esta asintió, feliz de escuchar eso.

—Sabes que el problema de que se haya puesto malo es que habrá pegado un estirón, ¿verdad?

La cara de agobio del hombre era síntoma de que Leyre acababa de dar en el clavo con su comentario.

—Tuvimos que salir corriendo a por unas deportivas nuevas ayer.

—¿Otra vez?

Asintió resignado, y Leyre se rio.

—Niños...

—Niños —coincidió el vigilante, y vio cómo la mujer desaparecía por los pasillos.

Esta fue saludando a los trabajadores con los que se cruzaba, hasta que llegó al ascensor y se adentró en su interior, quedándose sola con el único sonido del hilo musical de fondo. Pulsó el botón de la décima planta, y apoyó su espalda en la pared acristalada, mientras veía el panel que había sobre las puertas, donde se iluminaban los números de los pisos según llegaban.

No se detuvo en ninguno de ellos, lo que agradeció, y, cuando se paró en la décima planta, el colorido de las paredes y la luz amortiguada la recibió. Era una zona muy diferente al resto del complejo, ya que buscaban que sus pacientes tan especiales estuvieran lo más cómodos posible.

Se dirigió a la zona de control de enfermeras; un espacio que

había a mitad de camino, y que se separaba del pasillo por un alto mostrador. Aunque intentaban mantenerlo despejado, siempre había alguna carpeta perdida sobre él, y juguetes de pequeño tamaño. Los grandes estaban en otra sala, a la que acudían siempre que los necesitaban. Incluso había pacientes que se conocían esa zona de memoria, y circulaban por ella como si fuera su propia casa —muchos pasaban más tiempo en el hospital que en su hogar—, pues les habían permitido acudir a ese cuarto cuando buscaban algo que los entretuviera.

Se coló por detrás del blanco mostrador, que le llegaba a la altura del pecho, y fue directa a una de las habitaciones acondicionadas para el descanso del personal. Golpeó la puerta, que estaba entreabierta, y se coló por su interior.

—Buenos días, chicas —saludó a las dos enfermeras que había dentro—. Os traigo suministros. —Alzó la bolsa de tela y la dejó sobre la mesa redonda que había en el centro del cuarto.

Eran dos enfermeras muy jóvenes, que acababan de terminar sus estudios, y muy diferentes entre sí. En lo físico, pero también por el carácter. Aunque las dos eran muy agradables, y sabían tratar muy bien a sus pacientes.

—Hola, Leyre. Cada día vienes antes, ¿no? —comentó Vicky, incorporándose del sofá de dos plazas, para alcanzar el paquete de galletas de chocolate que asomaba por la tela de la bolsa.

Vicky tenía el cabello castaño, rizado. Con unos rizos muy pequeños, que se elevaban hacia arriba, ya que, según su dueña, era incapaz de domesticarlos. Era alta. Mucho más que Leyre, y delgada. De ancha espalda, porque en sus ratos libres practicaba natación, y tenía unos ojos color miel que brillaban de forma pícara cuando hacía alguna broma.

—No podía dormir... —dijo Leyre, cortando un paquete de

dónuts, para sentarse en una de las sillas que había cerca de la mesa. Se quitó el abrigo, la bufanda, y se estiró la camiseta hacia abajo, para que no se levantara.

—No puedes seguir así —la reprendió Esther, que quitó una galleta a su compañera—. Tienes que descansar.

Esther era la mayor de las dos enfermeras —por un año—, y había adoptado el rol de madre con su compañera, y con Leyre, aunque esta última le sacaba sus diez años largos. Rubia, con el pelo liso, de mediana estatura y ojos celestes. Emanaba esa aura de clase alta, que le venía dada por su familia. No necesitaba trabajar, ya que sus padres poseían grandes propiedades en el sur del país, que habían explotado con diferentes negocios, sobre los que Esther no había querido entrar en detalle cuando se lo contó una noche de copas en la que salieron. Trabajaba de enfermera porque le gustaba, y porque quería sentir que ayudaba con su labor.

—Ya dormiré más tarde —indicó Leyre, y bebió de su café. Comenzaba a enfriarse, y el sabor no era tan agradable como cuando Esti se lo había preparado.

—¿Cuándo? —preguntó Esther con la boca llena, ya que acababa de meterse la mitad de la galleta en la boca.

—Luego...

—Más tarde —terminó Vicky por ella, como si esas mismas palabras las hubiera escuchado en multitud de ocasiones.

Esta bufó indignada, por la burla impresa en la voz de la enfermera, mordió un buen trozo del bollo, y no se molestó en responder.

Al poco, la puerta se abrió por completo y apareció una tercera enfermera. Alta, grande, con el cabello negro invadido por algunas canas, y que llevaba recogido en un moño alto. Su piel oscura contrastaba con el color blanco del uniforme, y sus ojos negros escondían la experiencia de años de profesión.

—Buenos días, Leyre. ¿Qué haces aquí?

—Hadiya, ¿qué tal? —la saludó, al mismo tiempo que se recolocabá en la silla. La presencia de esa enfermera siempre la imponía—. He venido para cumplir con mi voluntariado.

La mujer de piel oscura comprobó la hora que era en su reloj de pulsera, que llevaba guardado en uno de los bolsillos del pantalón, y luego la miró.

—Son las seis de la mañana, Leyre...

—Lo sé, pero...

—No empiezas hasta las diez —terminó de hablar, sin importarle que esta la hubiera interrumpido—. Deberías estar en tu cama durmiendo.

—O haciendo marranadas —apuntó Vicky, provocando la risa de Esther, y una mirada seria de Hadiya.

—No podía... —trató de defenderse, al mismo tiempo que se levantaba de la silla. Se recolocó los vaqueros, y tiró hacia abajo de la camiseta del viejo grupo de música.

La enfermera mayor soltó palabras incongruentes y se acercó a la mesa, observando la bollería que esta había traído.

—Si no es que no apreciamos tu compañía —comentó, y escuchó cómo Leyre soltaba el aire que había retenido desde que ella había llegado—. Todo lo contrario. —Tomó un donut.

—La noche se hace más amena —indicó Esther, y Vicky asintió con la cabeza, corroborando las palabras de su compañera.

—Pero al final, con todo lo que traes, vas a conseguir que no entremos en el uniforme —señaló Hadiya, mordiendo el bollo, y llevó la mano que tenía libre hasta su barriga.

Las dos jóvenes afirmaron con la cabeza de forma efusiva, pero, lejos de olvidarse de las galletas, continuaron comiendo.

—Si queréis, os traigo fruta el próximo día —ofreció.

—No estaría mal...

—Para Hadiya —puntualizó Vicky—. A nosotras no nos importa que venga también alguna galleta.

La enfermera más mayor de las tres se rio, negando con la cabeza, y fue hacia los pocos muebles que tenían en esa sala, donde descansaba una vieja cafetera. Sacó la jarra de cristal, y se la mostró a las otras chicas.

—¿Café?

Las dos enfermeras negaron con la cabeza, pero Leyre, tras dar un último sorbo al recipiente desechable que llevaba, se acercó a Hadiya.

—Por favor...

La mujer arrugó las cejas, pero no comentó nada. Le sirvió la bebida oscura, en la taza de Leyre —pasaba tanto tiempo en el hospital que había llevado una propia—, y ella también se puso uno.

—¿Y qué vas a hacer hasta que empiece tu voluntariado? —le preguntó Esther, cuando las cuatro estuvieron sentadas.

Leyre bebió del líquido oscuro y emitió un sonido de satisfacción.

—Podría ayudaros...

—No —soltó Hadiya de forma tajante—. Los chicos están durmiendo, y no es necesario, Leyre —suavizó su respuesta, añadiendo una explicación que trataba de ser coherente.

La mujer se quedó sin argumentos. Si no las ayudaba, poco podía hacer a esas horas, y todavía quedaba tiempo para que comenzara su trabajo.

—Podría irme a la cafetería...

Hadiya bufó, atrayendo las miradas de las mujeres. Dejó la taza sobre la mesa, y miró a Leyre.

—Cariño, ¿y qué harás allí?

Se encogió de hombros.

—Esperar.

Las dos enfermeras más jóvenes intercambiaron miradas. Una hizo un movimiento con la cabeza hacia la otra, animándola a que hablara.

—Leyre, hemos visto que han abierto el período de matriculación para la escuela de enfermería, ¿por qué no te inscribes?

Esta miró a Esther y luego observó la cara de sus compañeras. Las tres la observaban con interés. Parecía que era un tema que habían hablado con anterioridad.

—No tengo tiempo...

—Eso no es cierto —la contradijo Vicky—. Mira ahora... —La señaló—. Estás aquí, sin dormir, esperando que las horas pasen para que comience tu voluntariado.

—Pero con el trabajo...

—No me digas tonterías, niña —soltó Hadiya—. Teletrabajas, y tú misma has dicho en numerosas ocasiones que no te quita tanto tiempo como parece. Solo cuando las fechas de entrega de esos manuscritos que corriges se acercan, y vas con la lengua fuera.

—Situación que ocurre porque estás aquí metida —apuntó Esther, y Vicky y Hadiya asintieron a la vez.

Decididamente, esas tres se habían puesto de acuerdo para mantener esa conversación con ella.

Leyre las miró con el ceño fruncido y se incorporó de la silla, para lavar su taza en el fregadero.

—Aunque pudiera...

Vicky dio una palmada, feliz de escucharla; Hadiya negó con la cabeza, recriminándola, y Esther gruñó por el comportamiento de su compañera.

Leyre sonrió al verlas, sin continuar hablando. Secaba la taza

con un trapo, para poder dejarla dentro del armarito que colgaba de la pared, junto al resto de la vajilla.

—Aunque pudieras... —la animó a hablar Hadiya.

Se cruzó de brazos y las miró.

—No podría pagármela —indicó, y se pasó una de las manos por la cara.

—Hay becas —señaló Vicky de inmediato.

—Sí, mira —afirmó Esther, y se levantó de la silla para acercarse al mueble que había tras ella. Abrió uno de los cajones, y sacó un folleto, que le tendió.

Leyre observó la documentación y luego a las chicas.

—¿Os habéis puesto de acuerdo?

Vicky y Esther sonrieron, cómplices, mientras Hadiya se acercaba a ella.

—Cariño, solo pensamos que te vendría bien...

—El voluntariado te encanta —afirmó Esther—, y así podrías echarnos una mano de verdad.

—Seguro que se te daría genial —indicó Vicky.

Hadiya le quitó la documentación de las manos, y se las agarró. Buscó su mirada castaña, y se atrevió a comentar:

—Adaya estaría feliz de que dieras ese paso.

Leyre fijó sus ojos en los negros de la enfermera, y sintió cómo se humedecían. Se apartó de ella, tomó sus pertenencias y se dirigió a la puerta.

—Me lo pensaré —musitó, tratando de que no se notara afectada su voz—. Estaré en la cafetería, por si me necesitáis.

—De acuerdo —indicó a media voz Esther, y Vicky la miró preocupada.

—Leyre... —la llamó Hadiya, deteniéndola.

Esta se volvió hacia la enfermera de piel oscura, y vio que le

ofrecía la documentación de la escuela, junto a la de las becas, que había dejado abandonada.

—Sí, claro... —La cogió—. Gracias.

—Si tienes alguna duda...

—Os preguntaré —afirmó, movió los papeles en el aire, y salió de esa habitación.